

# La memoria herida

Arnoldo Kraus

*Para Graciela Hierro,  
con admiración por todo lo que nos dejó*

Mucho se ha escrito en los últimos tiempos acerca de la memoria. De la memoria como necesidad para vindicar y moralizar al ser humano. Del recuerdo para (re)armonizar al individuo consigo mismo y con la historia. De la memoria y sus vínculos con el futuro de los hijos y del planeta y con los goznes y tornillos de nuestras casas. De la *casa Tierra* que nos cobija, la que habitamos y donde dormimos. La del hogar que alberga nuestro corazón, nuestros pulmones y las partes tangibles del alma. Mucho se ha hablado de la memoria como obligación hacia los vástagos, habitantes de estas tierras y protagonistas de las historias de sus antecesores, de sus abuelos y de los incontables seres humanos inominados que cada día son sepultados por el odio y por el silencio. Antes de todo, y después de todo, memoria es compromiso.

La memoria no cura, desvela. Duele porque abre. Tampoco calla: regresa continuamente y reverbera cuando la otredad adquiere rostro. La memoria, aunque lastime, siembra. Porque sus entresijos contienen historias no finalizadas y porque el presente sigue plagado por espacios hediondos. Si bien es cierto que no se muere por amnesia ni de amnesia, también es cierto que el ser humano adoquina mejor su interior cuando evocar impide



que la liviandad de los tiempos sepulte la carga del pasado.

Paul Celan, superviviente del nazismo, escribió:

Algo sobrevivió en medio de las ruinas. Algo accesible y cercano: el lenguaje. Sin embargo, el lenguaje mismo tuvo que abrirse paso a través de su propio desconcierto, salvar los espacios donde quedó mudo de horror, cruzar por las mil tinieblas que mortifican el discurso. En este idioma, el alemán, procuré escribir poesía. Sólo para hablar, orientarme, inquirir, imaginar la realidad.

Si el lenguaje y la literatura humanizan, rememorar hermana. Hermana, paradójicamente, a víctimas y a genocidas, a la historia y al presente. Con Celan, debemos repetir que “algo sobrevivió en medio de las ruinas —el lenguaje—” y subrayar que “salvar los espacios donde quedó mudo el horror” es obligación y memoria. En este mundo no hay lugar para el mutismo: el silencio es cómplice del olvido y el olvido semilla de injusticia.

El mundo requiere reinventarse y refundarse. No sobre pilares similares sino sobre nuevos cimientos. Por eso es importante evocar: para impedir que la tierra se contagie de la misma tierra. Para evitar que se excave con las mismas palas. Para sanar las heridas viejas que nunca cicatrizaron, porque la misma plaga horadó y horadó incontables veces la misma piel. El mundo no puede aceptar más fosas comunes, más huesos desperdigados,

Picasso, *Autoretrato visto por detrás*,  
1906-1907

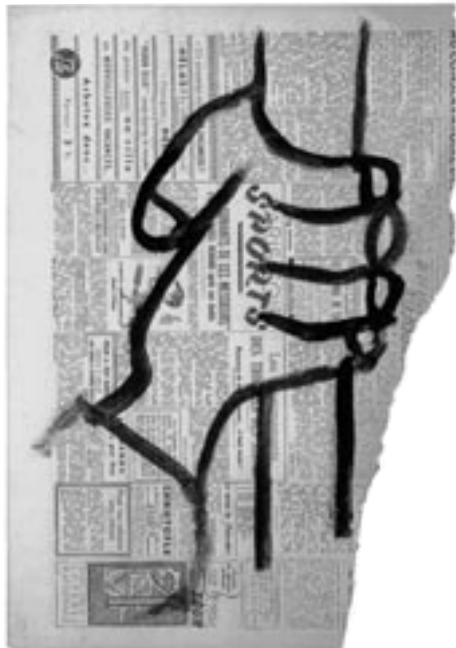
# LA MEMORIA HERIDA



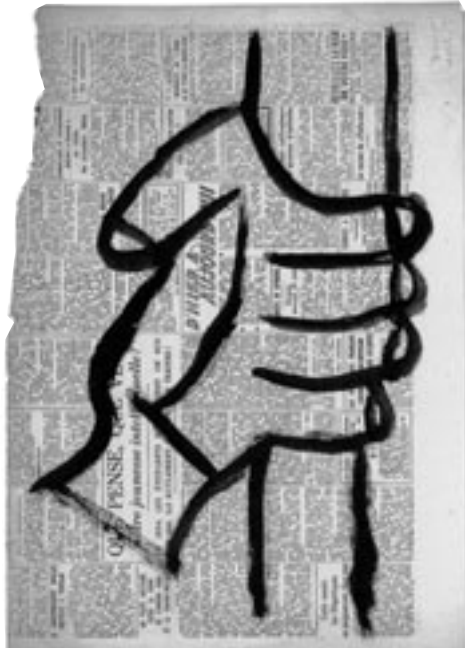
Picasso, *Manos unidas*, 1941



Picasso, *Mano*, 1941



Picasso, *Manos unidas*, 1941



Picasso, *Manos unidas*, 1941

más historias sin final y más cráneos sin cuerpos. El mundo merece reinventarse: la memoria de los miles y miles de familiares huérfanos lo exige.

El ser humano debería ser memoria individual y colectiva. No lo ha sido. La desmemoria ha superado a la memoria. La historia del presente no es menos cruda que la historia del pasado. El

lenguaje y las preguntas de algunos supervivientes podrían ayudar a restaurar la memoria olvidada y la memoria herida. Celan fue tres veces huérfano. Porque sus padres y familiares murieron en los campos de trabajos forzados en Transnistria, por el silencio cómplice y verdugo de la humanidad durante el nazismo y, finalmente, huér-



Picasso, *Figura de pie*, 1961

fano de sí mismo. En 1970, se suicidó en París: la culpa y el duelo pesaban más que la vida. Su lenguaje, quizá, pueda limar un poco la memoria herida, pueda, quizá, mitigar un poco el horror de la amnesia. Los siguientes versos del poema “Tubinga, enero”, de Paul Celan, expresan el insomnio que se inscribe entre la espera del ser humano y el silencio de la humanidad: “Si viniera/ si viniera un hombre/ si viniera

un hombre hoy al mundo/ con la barba de luz/ de los patriarcas:/ él podría, si hablase de este tiempo,/ él podría sólo/ balbucir, balbucir,/ una y otra, una y otra./ vez, vez”. Sus palabras, quizá, podrían ayudar. Quizá podrían inyectar sentido a las “otras palabras”, a los “otros discursos”, a los “otros mutismos”. ¿Qué haríamos sin hablar?, ¿qué haremos cuándo los idiomas sean ininteligibles? Regreso y pregunto nuevamente ¿cómo podrían ayudar las palabras de Celan?

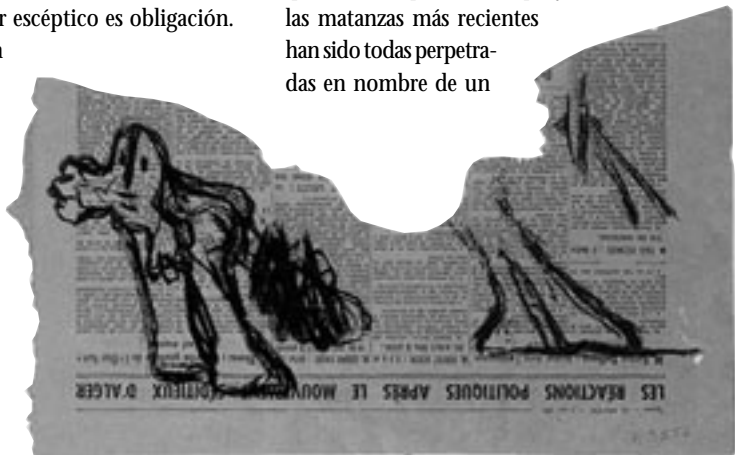
El dilema se puede encajonar en tres preguntas: ¿es factible no ser escéptico?, ¿es sano exaltar la memoria con fines terapéuticos?, o, más bien, ¿podría ser la memoria contraproducente por no permitir que el odio se entierre? La apuesta debería combinar un nuevo lenguaje que excave en la memoria vieja y que haga de la justicia, de la razón y de la humanidad bienes terrenales.

En nuestros días, ser escéptico es obligación. Si el mundo se observa a través de los ojos de la pobreza, de la injusticia y de la realidad, no hay motivos para ser optimista. La desmemoria y sus consecuencias devienen escepticismo. Es más sano construir a partir de la cruda realidad que del falso optimismo. En mu-

chos rincones de la Tierra se vive un vacío inmenso, un desasosiego yermo de respuestas. Ese vacío y ese desasosiego son fruto de la maldad del ser humano. Enfrentarlos, para después asirlos y digerirlos, podría penetrar el pasado, podría suavizar el aire que respiramos. Una mirada escéptica contribuye; una mirada, desde la perspectiva del poder, sepulta. Ya lo dijo Kant: en el ser humano, el mal está determinado ontogénicamente.

Para el mundo y para el ser humano, releer todas las caras de la historia permitiría comprender el papel de la memoria. No importa que su voz duela y que para muchos la cura sea imposible. Importa que se hable, que se escriba y que se reescriba para que amnesia y silencio no sigan asfixiándonos, achicándonos. La amnesia se ha convertido en *dictum* y en vestimenta. Criminales, genocidas y asesinos gozan de impunidad y de libertad porque han prevalecido la desmemoria y la amnesia. La frase, “ni perdón ni olvido” reproduce el sentir de los familiares de los *desaparecidos*, de los luchadores que abogan por los derechos humanos y que consideran que la historia no debe cerrarse sin castigo.

Hay, sin embargo, quienes sugieren que recordar puede ser nocivo, pues genera odio y venganza. En su libro, *Memoria del mal, tentación del bien*, Tzvetan Todorov ofrece múltiples y brillantes argumentos acerca del valor de la memoria. Escribe: “Si el recuerdo del pasado lleva a la muerte, ¿cómo no preferir su olvido?”. Renglones adelante agrega: “Mientras que los genocidios de mediados del siglo xx, desde el de Rusia hasta el de Camboya, se llevaban a cabo en nombre del futuro (el totalitarismo se proponía crear un hombre nuevo; era preciso, pues, eliminar a quienes no se prestaban al proyecto), las matanzas más recientes han sido todas perpetradas en nombre de un



Picasso, *Estudio de una escultura de bronce*, 1961

recuerdo del pasado". Difícil dilema: ¿cura el olvido o cura la memoria? Si la desmemoria cava más tumbas, ejercerla es garantizar la impunidad y convalidar las muertes injustas. Si se comprenden las razones de la memoria, al fortificarla se podría humanizar a la humanidad.

La memoria es un bien colectivo y un bien individual. A la persona le facilita conocer su entorno cercano y entender su mundo: el interno y el "muy" lejano que nunca debería ser lejano. A la colectividad, le permite leer la historia, desmenuzar el pasado y confrontar el presente. Para ambos es vital. Para el individuo y para la sociedad la memoria debería ser responsabilidad. La multitudinaria frase de Dostoievski "Todos somos responsables de todo y de todos ante todos, y yo más que todos los otros" no puede sepultarse, desecharse. Husserl habló de la responsabilidad para con la verdad. Heidegger de los vínculos entre autenticidad y responsabilidad y Lévinas de la responsabilidad moral. Verdad, autenticidad y moral conforman una tríada cuyos nudos devienen humanidad y cuyos cimientos exigen aplicar la memoria. Los filósofos humanistas suelen decir que la responsabilidad hacia el otro es también la responsabilidad con uno mismo. Igual debería ser la memoria: sus vientos deberían nacer del alma

y del cuerpo y soplar en las calles y en la sociedad. Esos valores deberían ser también pilares de la memoria colectiva e individual y piedras angulares que impidan que el olvido continúe enterrando la memoria. Esa responsabilidad coloca al "otro" enfrente del *yo mismo* y valora lo ajeno como propio. Le exige al individuo no olvidar y actuar: uno es insustituible porque los demás son parte mía. Después de las guerras, de las masacres, de los genocidios, del incremento en el número de *desaparecidos* y *desaparecidas*, y ante el panorama desolador del mapa mundial y de la geografía humana, la memoria juega, quizá más que nunca, un papel cimental. El problema, inmenso, es que no existen los caminos para contagiar y enseñar la trascendencia de la memoria. La pregunta, ¿qué hacer para "mostrar" el valor de la memoria?, sigue aguardando respues-

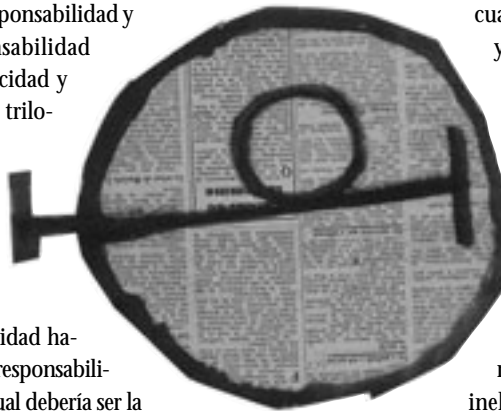
ta. Los programas de las escuelas primarias enseñan historia, geografía, algunas ciencias y otras ética, pero no existe la materia "memoria". Recordar, sobre todo en los jóvenes, podría amortiguar la desmemoria de los viejos. La memoria fresca labraría un mejor porvenir para los más y un mundo donde justicia, democracia y libertad sean realidad y no meros espacios oníricos.

La amnesia, cuando es enfermedad, representa una situación triste. El individuo deja de ser quien era: su cuerpo y su mente se transforman. La sinrazón y la inconsciencia adquieren preeminencia. Se deja de ser. Se deja de mirar. Se deja de preguntar. Cuando la amnesia es voluntaria, como sucede en los políticos, se convierte en enfermedad y en una "forma de ser y de actuar". Cuando el poder es ilimitado, la amnesia es contagiosa y generaliza sus síntomas y sus atropellos. La situación puede ser incontrolable

cuando la amnesia es global y, sobre todo, cuando el peso de la memoria, de la justicia y de la razón son aplastados por el poder. En el siglo xx, las matanzas colectivas de armenios, de la población indígena en Guatemala, de judíos, kurdos o ruandeses son ejemplos ineludibles de ese silencio, de ese "permitirle" a los políticos

borrar la historia, prohibir el recuerdo y sepultar la opinión pública. En 1955 Hannah Arendt se preguntaba "¿por qué es tan difícil amar al mundo?". Cincuenta años después, la pregunta sigue vigente y sin respuesta. Amar al mundo —no a la Tierra, no a los animales, no al cielo sino al ser humano— es complejo: sus calles, sus pueblos, sus ciudades, sus mares están saturados de víctimas y omisiones, de muertos e insonoridad.

Las historias de los *desaparecidos*, en incontables latitudes, han sido verdadera pandemia en el siglo xx y en el actual. Ellos, las y los *desaparecidos*, son, también, espejo de esas complicidades insanas que borda el poder para subsistir. Son espejo de la prolongada muerte de la razón, de la agonía de la justicia y de la desmemoria de la memoria. ①



Picasso, *El plato*, 1948